Texto y fotos: Miguel Jiménez

El "botellón clandestino"

Jaime llevaba toda la semana esperando la llegada del día de hoy. Es viernes y, por fin, ha terminado los exámenes. Tiene 18 años y está en primero de carrera. "Hoy no llego a casa hasta las tantas, ya he avisado a mis padres. Hoy toca borrachera y cachondeo. No veía la hora de que llegara este día. Llevaba dos "findes" sin salir por los malditos exámenes", confiesa desgañitado en una sonrisa liberadora.

Mientras se fuma un cigarro frente a la puerta de un comercio, Jaime espera la llegada de sus amigos para empezar a comprar la bebida. Hay ciertos rituales que no van a cambiar a pesar de la futura ley de drogodependencias, y uno de ellos es, precisamente, el de quedar para conseguir el avituallamiento. Según va llegando la pandilla, el dinero para el "fondo" va apretujándose en las manos de Jaime, que ha sido designado tesorero. Son cinco amigos a 2 euros por cabeza, un total de 10 euros que financiarán una botella de whisky "del bueno", dos botellas de coca cola de dos litros, hielos y vasos. En cualquier bar con ese dinero sólo tendrían para un par de copas.

En el comercio, situado en los bajos de Aurrerá en Moncloa, siempre han pedido el DNI para comprobar la edad de los compradores, aunque nunca han tenido problemas en llevarse todo el alcohol que quisieran. "Muchas veces en la puerta te encuentras con chavalines de 15 o 16 años que te piden que les compres bebida, yo nunca les digo que no, antes era yo quien lo hacía", confiesa Pedro, uno de los componentes del grupo.

Con el proyecto de ley sobre drogodependencias, servir alcohol a menores será considerada falta "muy grave" e implicará una sanción de 600 euros. Aunque la ley de prohibir la venta a menores de 18 años ya estaba en vigor, nunca se cumplió a rajatabla. Las cifras lo demuestran: entre 1996 y 2001 el Ministerio del Interior impuso sólo 1.271 sanciones a establecimientos públicos por venta de alcohol a menores en toda España. En Madrid, en esos seis años sólo se impusieron 13 sanciones, en Valencia ninguna.

Realizada la compra, comienza el "botellón clandestino". Antes de las medidas policiales, Jaime y sus amigos se limitaban a trasladarse a algún rincón de la calle. Ahora deben andar casi 250 metros hasta esconderse entre la oscuridad del Parque del Oeste. "Echo de menos los bancos de ahí arriba, allí se estaba bastante bien, pero no es bueno correr riesgos por si vienen los "maderos", farfulla Martín algo agotado por llevar arrastrando las bolsas a la altura de sus piernas. Los bancos de la entrada del Parque del Oeste no están vacíos, hay mucha gente en ellos que continúa con el ritual del "botellón",

> "El "botellón" es esencialmente una reunión de gente que desea verse para hablar"

pero Jaime y sus amigos prefieren ir a lo seguro. “Por ahí puede llegar la policía en cualquier momento y pillarte en bragas, sin embargo por aquí dentro ni se atreven a pasar. ¡No me atrevo ni yo!”, confiesa con una carcajada Pedro, que mantiene la mirada fija al frente, donde apenas se distinguen varias figuras de jóvenes fumando. Hay miles de posibilidades de tropezar y caer rodando cuesta abajo.

La panda de Jaime, como muchos otros jóvenes de Madrid, es consciente del peligro que supone hacer un “botellón” y ser descubiertos por las autoridades. Actualmente las sanciones no acarrean multas económicas, sino trabajos en beneficio de la comunidad, como limpiar la calle. Algo que muchos padres han aplaudido, aunque también son muchos los que proponían otras soluciones para evitar el excesivo consumo de alcohol.

España, con 10 litros de alcohol por persona/año figura entre los ocho países con mayor consumo de bebidas espirituosas. Ante esto, la Organización Mundial de la Salud (OMS) ha sugerido el incremento del precio de las bebidas alcohólicas para dificultar el acceso de los jóvenes a esta droga. Según esta organización, una de cada cuatro muertes anuales de varones entre los 15 y los 29 años es imputable a la bebida. Dicha cifra, de 55.000 fallecimientos, incluye también los accidentes de tráfico vinculados con el exceso de alcohol.

El whisky se mezcla pronto con la espuma de la coca cola y los tragos apurados se suceden frenéticamente. Llegan las chicas, Olga y Mercedes, y las conversaciones tambalean desde la última final de “Operación Triunfo” hasta discusiones algo frívolas acerca de la guerra de Afganistán. No falta quien entona una canción descompasada, o quien da varias patadas a una botella vacía. Las carcajadas no cesan. “Mucha gente no entiende que el “botellón” es esencialmente una reunión de gente que desea verse para hablar. A mí personalmente no me gustan las discotecas porque no se puede charlar, me gustan sólo para bailar y en pocas te ponen buena música. Y luego todo es carísimo, si sales de “tapeo” al tercer bar te tienes que volver a casa”, matiza Mercedes que, entre sorbo y sorbo, apura cigarros como una máquina.

“Y, ¿qué ocurre con el garrafón o con las pastillas? En muchos bares te dan alcohol adulterado que no es necesario ni beber para ver que es auténtico garrafón. No hay controles sobre eso. Por no hablar de las pastillas, ¿es qué las autoridades no se dan cuenta de que muchas discotecas son auténticos comederos de todo tipo de drogas de síntesis?”, dice Martín con un gesto de enfado. Sus palabras son duras por su veracidad, la venta de bebidas alcohólicas adulteradas en Madrid es una realidad.

Recientemente en un reportaje para El País de las Tentaciones, dos periodistas y un catador experto en degustación de licores llegaban a esta conclusión: de 8 bares visitados, sólo 3 daban alcohol en buenas condiciones. Lo de las pastillas ya es otro cantar, la muerte de dos jóvenes tras ingerir pastillas en una “macrofiesta” en el Estadio Martín Carpena de Málaga ha puesto, una vez más, las cartas sobre la mesa.

En el trasiego de chicos y chicas de un lado a otro, a la búsqueda de un lugar lo suficientemente seguro para realizar su “botellón clandestino”, se ven todo tipo de tribus, desde “pijos” vestidos con su inmaculada indumentaria hasta chavales ataviados con palestinos, además de algún que otro “bacala”. Todos van en grupo, ninguno va solo. Esa es, en el fondo, la regla de oro de las tribus urbanas. “Lo cierto es que este sitio nunca me ha

Jóvenes de “botellón”en la entrada al Parque del Oeste (Madrid).

Jóvenes bebiendo en su coche.

gustado, es bastante peligroso, hay muchos "bacalas" en busca de camorra. Ya he visto en varias ocasiones como robaban la bebida a punta de navaja a algunos chavales sólo porque llevaban el pelo largo. Se sienten muy fuertes cuando van juntos". Jesús, deportista y abstemio, manifiesta en sus palabras el temor que se palpa en un ambiente inseguro donde el alcohol desinhibe tanto para bien como para mal. De hecho, la zona de los bajos de Aurrerá en Moncloa es una de las más peligrosas de Madrid. Desde la famosa Operación Luna, que pretendía acabar con la proliferación de armas blancas entre los jóvenes, los controles policiales parecen haber pasado a mejor vida.

El alcohol está también detrás de gran parte de los accidentes de tráfico. Según datos de la Agencia Antidroga de la Comunidad de Madrid un 15,6% de los jóvenes encuestados aseguraban haber conducido alguna vez bebido o haber montado en un coche cuyo conductor se encontraba bajo los efectos alcohol. Dato que se añade a las cifras de la Policía Municipal según las cuales 6 de cada 10 conductores superaron el índice de alcoholemia. "Lo malo de los controles de alcoholemia es que siempre están situados en los mismos sitios, cuando voy algo achispado ya sé por donde no tengo que ir", dice Pedro, y a continuación comienza una breve lista de lugares donde la policía suele estar presente: en Isaac Peral, en frente del Congreso, en la plaza de Atocha, en el paseo de Juan XXIII,...

¿Por qué beben alcohol los jóvenes? Según la encuesta de la Agencia Antidroga un 76,6% lo hace porque le gusta su sabor, un 58,1% por diversión y un 16,3% para olvidar los problemas. La razón del gusto es discutible, ya que cuando se mezcla vino con coca cola, lo que al joven le gusta es el sabor de la coca cola. ¿O el joven tiene tan poco paladar cómo para saborear ese "buen" vino de tetra brik? Más pesimista es el panorama en cuanto a las otras dos razones para abusar del alcohol como vía de escape, el único medio para divertirse o, sencillamente, un fin en sí mismo.

Jaime acaba de finalizar los exámenes y, para celebrarlo, lleva ya cinco cubatas, la bebida preferida por la mayoría de los jóvenes. Él, como otros muchos, cree que no puede pasárselo bien sin beber. Muchos se quejan de que no hay otras opciones, que los teatros están caros, que los conciertos también, que el cine es un atraco a mano armada y si luego no te gusta la película pues apaga y vámonos,... Si se les pregunta qué opinan de los "espacios libres de drogas", las contestaciones coinciden: "La gente que ya bebe, que es la mayoría, no va a dejarlo porque abran los polideportivos a las diez de la noche". Todo a pesar de que el Plan Nacional sobre Drogas destinara el año pasado más un millón de euros en el llamado "ocio alternativo" como "La Noche más joven" de Madrid o "De marcha sin tropiezos" en Barcelona.

El 78% de los jóvenes de la región entre 14 y 18 años beben habitualmente y lo hacen en la calle. Apenas existen abstemios o bebedores moderados, la mayoría no teme reconocerse como "alcohólicos de fin de semana". Habla Jesús, el abstemio del grupo: "No bebo porque no me gusta, es caro y no me parece sano. Supongo que no bebo porque soy un cabezón, y cuando me empeño en algo nadie me convence de lo contrario. Aunque algunas veces he estado a punto de caer, la presión del grupo es

> "Puede que el "botellón" desaparezca, pero los jóvenes seguirán bebiendo, porque la razón de que beban sigue ahí"

muy fuerte". Olga se precipita a añadir: "Cuando, por lo que sea, decides no beber y ves como todos los demás lo hacen, te sientes fuera de lugar, llegas incluso a pensar que tus amigos son tontos de remate, pero lo que ocurre es que ellos van con el "puntillo" y tú no. Yo no sé como Jesús puede aguantar sin beber, tal vez sea porque ha hecho de su oposición al alcohol su forma de ser".

Durante el tiempo que ha durado el "botellón", dos horas aproximadamente, se han acercado varios chavales pidiendo papel (para fumar). El consumo de cannabis está intrínsecamente ligado al "botellón", la gente prefiere fumar porros al aire libre ya que hacerlo en un lugar público es más peligroso. Actualmente un 28,7% de jóvenes confiesa fumar porros habitualmente, y son muchos los grupos que luchan por la legalización del cannabis.

Una de las consecuencias positivas de la lucha contra el "botellón" emprendida por el Ayuntamiento de Madrid, ha sido la reducción del ruido y la menor suciedad de las calles del Centro. Pero, sobre todo, la espectacular bajada en las atenciones por intoxicación etílica realizadas por el SAMUR. Antes el SAMUR atendía una media de 120 personas cada fin de semana, el 80% eran jóvenes y de ellos, un 15% eran menores. Con la "guerra al botellón" el SAMUR ha pasado de atender a 600 personas en enero, a las 500 de febrero.

Otra consecuencia ha sido el amplio despliegue policial que ha llevado a los sindicatos a dar la voz de alarma y señalar la ley como "inviable" a no ser "que se nos siga machacando como ahora y trabajemos 14 horas al día y sin días de descanso", ha aclarado José María Hernández, portavoz de UGT.

El "botellón" en un parque cercano a la calle Juan Bravo, en Madrid.

"El botellón seguirá, se desplazará, lejos de las plazas más señaladas como la de Dos de Mayo, pero seguirá en los parques más grandes. Si restringen el horario de compra de bebidas las compraremos por adelantado, beberemos dentro de los coches, en casas, en rincones... Puede que el "botellón" desaparezca pero los jóvenes seguirán bebiendo porque la razón de que beban sigue ahí", concluye Jaime.

El "botellón" termina, y el grupo se despide camino de una discoteca. Su objetivo ahora es gastar el menor dinero posible. Nadie se ha parado a mirar lo que dejan a sus espaldas. A pesar de que es noche cerrada y la luz no llega hasta el fondo de este parque, se ve como brillan los cristales de los cientos de botellas, el plástico fantasmal de las bolsas, el olor pestilente a orina y vómitos,... Una cantidad de basura que en tiempos del "botellón" no clandestino alcanzaba las 20 toneladas en las zonas afectadas y que limpiaban 90 personas y 35 máquinas. Es la seña de identidad de una juventud que se llama a sí misma "ecologista".

Cuando el parque queda prácticamente vacío, bien entrada la madrugada, un hombre se arrastra renqueante por entre los árboles y va recogiendo botellas y tetra-briks que los jóvenes dejaron abandonados. Es el "botellón" de los pobres, ese pequeño retazo de la miseria que se acurruca por entre los árboles del parque como escondiéndose de las parejas y de algunos colegas rezagados que se apoyan donde pueden tratando de terminar el día.

A lo lejos, se escucha el anhelado y condescendiente ronquido de los vecinos de Madrid que duermen, al fin, tranquilos.